

de nosotros; rivalidad que acaso en otro tiempo tenia algun fundamento y algun sentido; pero hoy ¿qué significa una rivalidad, donde se encuentra todo de un lado, y nada del otro? Qué es lo que quiere la Grecia disputarnos, ¿la gloria de las armas, ó la de las ciencias? Se llama á sí misma *el Oriente*, y respecto del verdadero Oriente no es mas que un punto occidental, y para nosotros apenas visible. Sabemos que escribió la Iliada, que edificó á Pécila, que hizo el Apolo de Belvedere, que ganó la batalla de Platea; mas todo eso es muy antiguo; y, hablando francamente, un sueño de veinte y cinco siglos se parece mucho á la muerte. ¡Ojalá que los mas tristes agüeros no sean mas que apariencias engañosas! Deseamos que esta nacion ingeniosa vuelva á recobrar su independencia, y se muestre digna de ella. Deseamos que el sol se levante plácido en fin sobre su horizonte, y que las antiguas tinieblas se disipen. A la verdad, no pertenece á un particular dar consejos á una Nacion; pero los simples votos siempre son permitidos. Pueda, pues, la Grecia propiamente dicha, aquella Grecia tan bien descrita por Ciceron¹, separarse para siempre de la fatal Bizancio, que en otro tiempo fué una simple colonia griega, y cuya supremacia imaginaria reposa enteramente sobre títulos que ya no existen. Se nos habla de Focion, de Pericles, de Epaminondas, de Sócrates, de Platon, de Agesilao, etc., etc.: está muy bien. Tratemos pues directamente con sus descendientes, sin embarazarnos con los municipios. Por nuestra parte no hay odio ni rencor, porque no hemos olvidado, como los Griegos, la paz de Leon y la de Florencia. Abracémonos de nuevo para nunca separarnos. Entre nosotros no existe mas que un muro mágico levantado por el orgullo, y que no podrá subsistir un instante á la vista de la buena fe y del deseo de reunirse. Y si el anatema dura todavía, á lo menos procuremos que no se nos pueda hacer ninguna reconvenccion.

Me consta que un prelado de la Iglesia griega se ha quejado amargamente de que las proposiciones hechas por un cierto lado habian sido recibidas con altivo des-

¹ Vide supra, cap. 8, p. 265.

precio. Semejante desvío de las máximas tan conocidas de dulzura y de inteligencia, por muy ligera que quiera suponerse, parece muy poco verosímil. Pero sea lo que fuere, es preciso desear con todas nuestras fuerzas que nuevas negociaciones tengan éxito mas feliz, y que el amor abra y extienda sus inmensos brazos para estrechar en ellos así á las naciones como á los individuos.

CONCLUSION.

I. Despues de la horrible tempestad que acaba de sufrir la Iglesia, denla sus hijos á lo menos el espectáculo consolador de la concordia. Ya es tiempo que cesen de afligirla con sus discusiones insensatas. A nosotros principalmente como hijos de la unidad pertenece profesar altamente los principios, cuya importancia hemos conocido por la mas terrible experiencia. En todos los puntos del globo hay por fortuna cristianos legítimos; fórmese, pues, una sola voz de todas nuestras voces reunidas, y repitamos sin cesar con un religioso trasporte el grito de aquel hombre grande, á quien, aunque con tanta repugnancia como respeto, he impugnado sobre algunos puntos importantes. « ¡Oh santa Iglesia romana, madre » de las Iglesias y de todos los fieles: Iglesia escogida » por Dios para unir á sus hijos en la misma fe, y en la » misma caridad! Siempre estaremos unidos contigo de » todó nuestro corazón¹. » Hemos desconocido demasiado nuestra felicidad: extraviados por las impías doctrinas que en el último siglo han resonado en la Europa, y aun acaso mucho mas por exageraciones insostenibles, y por un espíritu de independencia encendido en el mismo seno de la Iglesia, hemos casi roto los lazos cuyo precio inestimable no podemos menos de conocer hoy, sin hacernos absolutamente inexcusables. Permítansenos decir, sin exceder los límites del profundo respeto que es debido á las soberanías Católicas, que algunas de ellas han parecido alguna vez apostatar; porque apostasia es

¹ Bossuet, *Sermon sobre la unidad*.

desconocer los fundamentos del Cristianismo, conmoviéndolos declarando altamente la guerra al gefe de esta Religión, abrumándole de disgustos, amarguras y groserías, que acaso no se hubiesen aun permitido las potencias protestantes. Entre estos príncipes hay algunos que algun día serán colocados en la clase de los grandes perseguidores: no han hecho correr la sangre, es verdad, mas la posteridad preguntará si los Dioclecianos, los Galerios, los Maximianos y los Decios trataron peor, é hicieron mas daño al Cristianismo.

Tiempo es ya de abjurar sistemas tan culpables; tiempo es ya de volver al padre comun, de echarnos francamente en sus brazos, y de hacer caer en fin esta muralla de bronce, que la impiedad, el error, la preocupacion y la malevolencia habian levantado entre él y nosotros.

II. Pero en este momento solemne en que todo anuncia que la Europa está próxima á una revolucion memorable, cuyo terrible é indispensable preliminar ha sido el que ya hemos visto, debemos ante todas cosas dirigir á los protestantes nuestras fraternales reconversiones, y nuestras mas ardientes súplicas. ¿Qué esperan aun, ó qué buscan? Ellos han recorrido el círculo entero del error. A fuerza de atacar y de roer, por decirlo así, la fe, han destruido entre ellos el Cristianismo; y gracias á su terrible ciencia, que no ha cesado de *protestar*, la mitad de la Europa se encuentra en fin sin Religión. La era de las pasiones ya ha pasado, y podemos hablarnos sin aborrecernos, y aun sin acalorarnos. Aprovechémonos de esta época favorable, y penétrense sobre todo los príncipes de que su poder se les va de las manos, que la monarquía europea no ha podido constituirse, ni puede conservarse sino por la Religión *una y única*, y que si este aliado les falta, es preciso que perezcan.

III. Todo lo que se ha dicho para asustar á las potencias protestantes sobre la influencia de una potencia extranjera, es un fantasma, un espantajo levantado en el siglo XVI, y que nada significa en el nuestro. Sobre todo, los Ingleses reflexionen profundamente sobre este punto (porque el gran movimiento debe partir de allí), y adviertan que si no se apresuran á empuñar la palma inmortal que se les

presenta, otro pueblo se la arrebatará. Los Ingleses, en sus preocupaciones contra nosotros, no se engañan sino en el tiempo; su falta de razon es un anacronismo. Ellos leen en algun libro católico *que no se debe obedecer á un príncipe hereje*, y al punto se exaltan y gritan: *!Papismo!* mas todo este fuego se apagaria al instante, si se tomasen la pena de leer la fecha del libro, que infaliblemente debe ser de la deplorable época de las guerras de Religión, y de las mudanzas de soberanías. ¿No han declarado ellos mismos en pleno parlamento « que si un rey » de Inglaterra abrazase la Religión católica, *por el mismo hecho* sería privado de la corona ¹? » Luego ellos creen que el crimen de querer mudar la Religión del país, ó aun solamente de excitar esta sospecha legítima, justifica la desobediencia de los súbditos, ó mas bien los autoriza á destronar al príncipe sin hacerse rebeldes. Ahora, pues, yo quisiera saber ¿porqué Isabel ó Enrique VIII tuvieron mas derechos sobre sus súbditos católicos, que el actual rey Jorge tendria sobre sus súbditos protestantes? ¿y porqué los católicos de aquel tiempo, fortalecidos con sus privilegios naturales, y con una posesion de diez y seis siglos, no estarían autorizados á mirar á sus tiranos como destituidos *por el mismo hecho* de todo derecho á la corona? Yo no me arriesgaré á decir que una nacion en igual caso *tiene derecho* de resistir á su príncipe, y de juzgarlo y deponerlo, porque me costaria mucho pronunciar esta decision en cualquier suposicion imaginable ²; pero sin duda se me conce-

¹ Debates del parlamento inglés, Londres, 1805, vol. 4, p. 677.

² Sola esta expresion basta para formar la apologia del conde de Maistre contra las cavilosas imputaciones de algunos talentos superficiales. No aventuraremos nuestro juicio, pues que lo es de todos los hombres sabios, si aseguramos que esta obra clásica es el apoyo mas sólido de las soberanías. El conjunto de ideas que abraza de un modo inimitable, miradas á la luz de la razon ilustrada por la Religión católica, no solo sostiene el trono y los *derechos soberanos* de los príncipes, si que les dan un realce á que (acaso) no habia llegado jamás la vista mas perspicaz del entendimiento humano.

De este argumento *ad hominem* contra los protestantes, quieren

derá, que si hay alguna cosa que pueda justificar la resistencia, será el hecho de atentar contra la Religion nacional. Durante largo tiempo el titulo de *Jacobita* anunció un enemigo declarado de la casa reinante. Esta se defendia y levantaba la segur sobre cualquier partidario de la familia desposeida; este era el orden político. ¿Pero en qué momento preciso principió el *Jacobita* á ser realmente culpable? Esta es una cuestion terrible que debe dejarse al juicio de Dios.

Ahora que se ha explicado por el tiempo, se presenta el católico al rey de Inglaterra, y le dice: « Bien veis » nuestros principios, y que nuestra fidelidad no tiene » límites, excepciones ni condiciones. Dios nos ha ense- » ñado que la soberanía es obra suya; nos ha mandado » que resistamos, hasta con peligro de la vida, á cual- » quiera violencia que quisiera destruirla; y si esta vio- » lencia llegase á ser feliz, en ninguna parte nos ha re- » velado hasta qué época puede el suceso hacerla legítima. Apresurarse demasiado, puede ser un crimen; » pero nunca lo fué morir por sus antiguos dueños. » Mientras hubo Estuardos en el mundo, combatíamos » por ellos, y bajo la cuchilla de vuestros verdugos nues- » tro último suspiro fué por aquellos príncipes desgra- » ciados. Ya no existen: Dios ha hablado; vosotros sois » soberanos legítimos; no sabemos desde cuando, pero » lo sois. Recibid, pues, esta misma fidelidad religiosa, » constante, invencible, que en otro tiempo juramos á

formar una acusacion contra la *fe política y religiosa* de este grande hombre, y tratan de colgarle los dijes de *enemigo* de las soberanías temporales, y de *protector* de las insurrecciones populares contra sus legítimos soberanos. Léase (única contestacion por ahora) sin preocupacion toda la obra, medítese el plan y sus partes, cotéjese con este número 3, en donde forma la *conclusion* de toda esta interesante materia, y al fin de su lectura todo hombre católico y sensato no podrá menos de repetir con el autor: « Yo no me » arriesgaré á decir que una nacion en igual caso (la famosa revo- » lucion de Inglaterra) *tiene derecho* (del *derecho* habla) de resistir » á su príncipe, de juzgarlo y deponerlo; porque me costaria mucho » (tal es el estilo moderado de este grande hombre en toda su obra) » pronunciar esta decision en *cualquier suposicion imagina- » ble*, etc. »

» esa dinastía desdichada que precedió á la vuestra. Si » la rebelion volviese un dia á bramar al rededor de vos, » ningun temor ni seduccion alguna será capaz de se- » pararnos de vuestra causa. Aunque respecto de nos- » otros hubiéseis procedido con las sinrazones mas in- » excusables, nosotros os defenderíamos hasta el último » suspiro. Donde quiera se combata por vos en todos los » campos de batalla; nos encontrareis al rededor de » vuestras banderas; y si para confirmar nuestra fideli- » dad fuese preciso subir á los cadalsos, ya nos habeis » acostumbrado á ello, y los regaríamos con nuestra san- » gre, sin acordarnos de la de nuestros padres, que vos- » otros hicisteis derramar por este mismo crimen de fi- » delidad.»

IV. Todo parece demostrar que los Ingleses están destinados á dar el primer impulso al gran movimiento religioso que se prepara, y que formará una epoca sagrada en los fastos del género humano. Para ser los primeros que lleguen á la luz entre todos los que la abandonaron, tienen dos inapreciables ventajas que conocen poco, y son, que por una feliz contradiccion, su sistema religioso es á un mismo tiempo el mas evidentemente falso, y el mas evidentemente cercano á la verdad.

Para saber que la Religion anglicana es falsa, no hay necesidad de explicaciones ni de argumentos. Basta mirarla, y queda juzgada por intuicion; pues es tan falsa como el sol es luminoso. *La gerarquía anglicana se halla aislada en el Cristianismo: es, pues, nula.* Nada hay que pueda razonablemente oponerse á esta simple observacion. Su episcopado lo desechan igualmente la Iglesia católica y la protestante. Pues si no es católico ni protestante, ¿qué es? Nada. Es un *establecimiento civil*, diametralmente opuesto á la universalidad, que es el signo exclusivo de la verdad. Una de dos, ó esta Religion es falsa, ó Dios se encarnó solo para los Ingleses; no hay medio.—Frecuentemente sus teólogos apelan al *establecimiento*, sin conocer que esta sola palabra hace nula su Religion, pues supone la novedad y la accion humana, que son dos grandes anatemas igualmente visibles, decisivos é indelebles. Otros teólogos de esta escuela, y aun prelados suyos, queriendo evitar estos anatemas, de que están íntimamente convencidos, han to-

mado el extraño partido de sostener *que ellos no son protestantes sino apostólicos*¹. Esto sería sin duda motivo para provocar nuestra risa, si pudiéramos reírnos de cosas tan serias, y de personas tan estimables.

V. Por otra parte la Iglesia anglicana es la única asociación del mundo, que se ha declarado nula y ridícula en el mismo acto que la constituye. En este acto proclamó solemnemente treinta y nueve *artículos*, ni más ni menos, absolutamente necesarios para la salvación, y los cuales es preciso jurar para pertenecer á esta Iglesia. Pero en uno de ellos, que es el veinte y cinco², declara solemnemente que Dios, al constituir su Iglesia, no ha dejado en la tierra *infallibilidad*; que todas las Iglesias, principiando por la de Roma, se han engañado, y se han engañado groseramente *aun sobre el dogma, y aun sobre la moral*; de modo que ninguna de ellas tiene derecho de prescribir la creencia; y por tanto que la santa Escritura es la única regla del cristiano³. Así, pues, la Iglesia anglicana declara á sus hijos que tiene derecho de mandarles, pero que ellos tienen derecho á no obedecerla. Y hé aquí como en el mismo momento, con la misma pluma, la misma tinta, y en el mismo papel, declara el dogma, y declara que no tiene derecho de declararlo. Creo que en el interminable catálogo de las locuras humanas esta tendrá siempre uno de los primeros lugares.

VI. Después de esta solemne declaración de la Iglesia anglicana, que se anula á sí misma, solo faltaba un testimonio de la autoridad civil, que rectificase este juicio; y yo encuentro este testimonio en los debates parlamentarios del año 1805 sobre la emancipación de los católicos. En una de aquellas sesiones acaloradas ó ruidosas, que no deben servir sino de preparar los espíritus pa-

¹ Véase la nota puesta al libro 4, cap. 5.

² Es el sexto concebido en estos términos: *Sacra Scriptura continet omnia que ad salutem sunt necessaria. Ita ut quidquid nec legitur, neque inde probari potest, non sit a quodam exigendum, et tanquam articulum fidei credatur, aut ad salutis necessitatem requiri.* Wilkinst., *Concilia Anglic.*, en fol., t. 11, p. 233.

³ Sicut erravit Ecclesia Hierosolymitana, Alexandrina, et Antiochena, ita erravit Ecclesia Romana, non solum quoad agenda et ceremoniarum ritus, verum in his que credenda sunt. *Art. xix, ibid.*, p. 235.

ra una época mas lejana y feliz, el procurador general del rey de la Gran Bretaña dejó escapar una frase, que no ha sido muy notada, á mi parecer, pero que sin embargo no deja de ser una de las cosas mas curiosas que acaso se han dicho en Europa de un siglo á esta parte.

Este magistrado, revestido con el ministerio público, decía á la cámara de los comunes: «Acordaos que para » la Inglaterra es absolutamente lo mismo revocar las » leyes que se han dado contra los católicos, que tener » al instante un parlamento católico y una Religión cató- » lica en lugar del *establecimiento* actual¹.»

El comentario de esta ingenuidad inapreciable se presenta por sí mismo. Es como si hubiera dicho en propios términos: «Nuestra Religión, como ya sabeis, no es mas » que un *establecimiento puramente civil*, que no reposa » sino sobre la ley del país y sobre el interés de cada » individuo. ¿Porqué somos anglicanos? A la verdad, no » es la persuasión la que nos determina á ello, sino el » temor de perder los bienes, los honores y privilegios. » «No teniendo la palabra *fe* ningun sentido en nuestra » lengua, si es católica la conciencia inglesa, nosotros » la obedeceremos desde el momento en que no deba » costarnos nada hacerlo así. En un abrir y cerrar de » ojos seremos todos católicos².»

VII. Mas si el sistema anglicano, en todo lo que en-

¹ El texto literal inglés dice así: «Yo pienso que no puede haber » alternativa entre conservar el *establecimiento* que tenemos, ó » poner el establecimiento católico romano en su lugar.» *Debates Parliament.*, etc., vol. 4, Londres, 1805, p. 943. Disc. del procurador general.

² No obstante me atrevo á creer que este sabio magistrado exageraba mucho su desgracia futura. *Todo el mundo, decía, será católico.* Y bien, cuando todo el mundo estuviese de acuerdo en ello, ¿qué mal resultaría? — Tres días antes (*en la sesión de 10 de mayo, ibid.*, pág. 761) sobre la misma cuestión, decía otro individuo en la cámara: «Jacobo II no pedía para los católicos sino la » igualdad de privilegios; pero esta igualdad hubiera traído la caída » del protestantismo.» ¿Y porqué? Siempre hallamos la misma confesión. *El error, si no se sostiene por medio de proscripciones, no podrá jamás sostenerse contra la verdad.*

cierra de falso, es el mas evidentemente falso; en compensacion, ¿por cuántos lados no se nos recomienda como el mas cercano de la verdad? Los Ingleses, contenidos por la mano de tres soberanos terribles, que gustaban poco de las exageraciones populares; y contenidos tambien (como es de nuestra obligacion observar) por un superior sentido comun, pudieron resistir en el siglo XVI hasta un poco muy notable al torrente que arrastraba á las otras naciones, y conservar muchos elementos católicos. De aquí proviene la fisionomía ambigua que distingue á la Iglesia anglicana, y que tantos escritores han hecho observar. «Ella sin duda no es la » esposa legítima, pero es la dama de un rey; y aunque » hija manifiesta de Calvino, no tiene el semblante audaz de sus hermanas. Alzando la cabeza con un aire » majestuoso, pronuncia claramente los nombres de *papades*, de *concilios*, de *jefes de la Iglesia*: su mano lleva » el báculo con soltura, habla con seriedad de su nobleza, y bajo la máscara de una mitra aislada y rebelde, » ha sabido conservar algun resto de gracia antigua, » despojo venerable de una dignidad que ya no existe¹.»

¡Nobles Ingleses! vosotros fuisteis en otro tiempo los primeros enemigos de la unidad; á vosotros pues toca hoy el honor de volverla á establecer en Europa. El error solo levanta en ella la cabeza porque nuestras lenguas son enemigas: si estas llegan á unirse sobre el primero de los objetos, nada les resistirá. No se trata mas que de aprovechar la feliz ocasion que la política os presenta en este momento. Un solo acto de justicia, y el tiempo hará lo demás.

VIII. Despues de tres siglos de irritacion y de disputas, ¿de qué os quejais, ó qué teneis que decir contra

¹ Dryden, *Poemas originales*, en 12^o, t. 1. *The hind and the panther*. Part. 1. — En el *Almacén europeo*, t. 18, agosto de 1790, p. 115, se lee un trozo muy notable del doctor Burney sobre el mismo asunto. Pero algunos disidentes modernos son menos decentes y mas determinados; pues dicen así: «La Iglesia de Roma » es una prostituta, la de Escocia una concubina, y la de Inglaterra » una mujer de mediana virtud entre aquellos dos extremos.» (Diario del parlamento de Inglaterra, cámara de los comunes, 2 de marzo de 1790. Discurs. de Burke.)

nosotros? ¿Direis aun que hemos innovado, que hemos inventado dogmas, y mudado en símbolos nuestras opiniones humanas? ¡Ah! pues si no quereis creer á nuestros doctores, que protestan y prueban que no enseñamos mas que la fe de los apóstoles, creed á lo menos á uno de vuestros ateistas, y él os dirá: «que los poderes ejercidos por la Iglesia romana son en gran parte » anteriores á casi todos los establecimientos políticos » de la Europa¹.»

Creed á vuestros deistas, y ellos os dirán: «que un » hombre instruido no puede resistir al peso de la evidencia histórica, que establece que en todo el período » de los cuatro primeros siglos de la Iglesia los puntos » principales de las doctrinas papistas estaban ya admitidos teórica y prácticamente².»

Creed á vuestros apóstatas, y ellos os dirán que desde luego habian cedido á este argumento, que les pareció invencible, á saber: «que es preciso que haya en alguna » parte un juez infalible, y que la Iglesia de Roma es la » única sociedad cristiana que pretende, y puede pretender, tener este carácter³.»

Creed en fin á vuestros propios doctores y obispos anglicanos, y ellos os dirán en los momentos felices de conciencia ó de distraccion, *que las semillas de la doctrina papista fueron sembradas desde el tiempo de los apóstoles*⁴.

¹ El texto literal inglés dice así: «Á la verdad muchos de los poderes reasumidos por la Iglesia de Roma son muy antiguos, y muy anteriores á casi todos los gobiernos políticos establecidos en Europa.» (Hume, *Hist. de Inglat.*, Enriq. VIII, cap. 29, ann. 1521.) — Hume, segun se vé, procura modificar ligeramente su proposicion; pero esto no es mas que una pura sofisteria de su misma conciencia.

² Gibbon, *Memorias*, t. 1, cap. 1 de la traduccion francesa.

³ Esta decision es de Chillingworth, y Gibbon al referirla añade que aquel *no habia sacado este argumento sino de sí mismo* (Gibbon, *ibid.*, cap. 6); en cuya suposicion es preciso creer que ni Chillingworth ni Gibbon habian leído mucho á nuestros doctores.

⁴ El texto literal inglés dice así: «Las semillas del papismo germnaron ó brotaron ya en los tiempos de los apóstoles.» (Bishop, *Disertaciones de Newton sobre las profecias*, Londres, en 8^o, t.

Entrad dentro de vosotros mismos: procurad dominaros y dominar á vuestras preocupaciones, de modo que podais contemplar en la calma de vuestra conciencia de cuán extraño sistema teneis la desgracia de ser los principales defensores. ¿Son precisos acaso tantos argumentos contra el protestantismo? ¡Ah! no; basta delinear exactamente su retrato, y mostrárselo pacíficamente.

IX. «En virtud de un anatema terrible, inexplicable sin
 » duda, pero aun mas incontestable que inexplicable,
 » el género humano habia perdido todos sus derechos.
 » Sumergido en un mar de tinieblas, todo lo ignoraba,
 » pues que ignoraba á Dios: y porque lo ignoraba, no
 » podia dirigirle sus ruegos; de modo que se hallaba
 » espiritualmente muerto, sin poder aun pedir la vida.
 » Llegado por una degradacion rápida al último grado
 » de embrutecimiento, ultrajaba á la naturaleza con sus
 » costumbres, con sus leyes, y aun con sus mismas Reli-
 » giones. Consagraba todos los vicios, se revolcaba en el
 » cieno de su hediondez, y su embrutecimiento era tal,
 » que la historia sencilla de aquellos tiempos forma un
 » cuadro peligroso en términos que no todos los hom-
 » bres deben contemplarlo. No obstante, Dios, *despues*
 » *de haber disimulado durante cuarenta siglos*, se acordó
 » de su criatura, y en el momento señalado y anunciado
 » en todos los tiempos, *no desdeñó el seno de una vírgen*;
 » se revistió de nuestra desgraciada naturaleza, y apa-
 » reció sobre la tierra. Nosotros le vimos, le tocamos;
 » él nos habló, vivió, enseñó, sufrió y murió por nos-
 » otros. Salido del sepulcro, segun su promesa, volvió
 » á aparecer entre nosotros, para asegurar solemnemente á su Iglesia una asistencia tan durable como el
 » mundo. Mas ¡ay! este esfuerzo de un amor todopode-
 » roso no tuvo ni con mucho el buen suceso que debia.
 » Por falta de ciencia ó de fuerza, ó por distraccion,
 » acaso no pudo Dios cumplir su palabra. Menos diestro
 » que un químico, que emprendiese encerrar el éter

3, cap. 10, p. 148.) Este buen hombre, con un corto esfuerzo mas de franqueza, nos hubiera dicho en propios términos, y no indirectamente como lo hace: *que estas semillas del papismo fueron sembradas por el mismo Jesucristo.*

» dentro de un lienzo ó de un papel, solo confió á los
 » hombres esta verdad que habia traido á la tierra, y así
 » ella se evaporó, como podia muy bien haberse pre-
 » visto, por todos los poros humanos. Bien pronto esta
 » Religion santa, revelada al hombre por el Hombre-
 » Dios, no fué mas que una infame idolatría, que dura-
 » ria aun, si el Cristianismo, despues de diez y seis si-
 » glos, no hubiese sido conducido de repente á su pureza
 » original por dos miserables.»

Hé aquí el protestantismo. ¿Y qué diremos de él, y de vosotros que lo defendeis, cuando ya no existirá? Contribuid antes bien á hacerlo desaparecer. Para restablecer una Religion y una moral en Europa; para dar á la verdad las fuerzas que exigen las conquistas que medita; para afirmar sobre todo el trono de los soberanos, y calmar suavemente esta fermentacion general que nos amenaza con las mayores desdichas, el preliminar indispensable es borrar del diccionario europeo esta voz fatal: PROTESTANTISMO.

X. Es imposible que unas consideraciones de tanto interés no hallen en fin acogida en los gabinetes protestantes, y no permanezcan allí como en depósito para descender luego como una lluvia bienhechora sobre los montes y los valles. Todo está convidando á los protestantes á volver hácia nosotros. Su ciencia, que no es ahora mas que un espantoso corrosivo, perderá su fuerza destructiva aliándose con nuestra sumision, que en retorno no dejará de ilustrarse con su ciencia. Esta grande mudanza debe comenzar por los príncipes sin que tenga ninguna parte en ella el ministerio llamado *evangélico*. Muchas señales manifiestas excluyen á este de la grande obra. Adherir al error es siempre un gran mal; pero enseñarlo por oficio, y contra el grito de su propia conciencia, es el esceso de la infelicidad, y su inevitable consecuencia es un cegüedad absoluta. Un grande ejemplo de esto acaba de presentarnos la capital del protestantismo¹, donde el cuerpo de los pastores ha renunciado públicamente al Cristianismo, declarándose ariano, mientras que la prudencia de los legos le echa en cara su apostasía.

¹ Ginebra.

XI. En medio de la fermentacion general de los espíritus, los Franceses, y entre ellos el órden sacerdotal particularmente, deben examinarse con cuidado, y no dejar pasar esta grande ocasion de emplearse eficazmente, y en la primera línea, en la reconstruccion del santo edificio. Sin duda tienen que vencer grandes preocupaciones; mas para superarlas tienen tambien grandes medios; y lo que no es pequeña ventaja, tienen muchos enemigos menos. Los parlamentos ya no existen; los cuales reunidos en cuerpo hubieran podido oponer una resistencia acaso invencible, y entonces ¡ay de la Iglesia galicana! podia contarse llegado su fin. En el dia el espíritu parlamentario no puede explicarse, ni obrar sino con esfuerzos individuales, que no pueden producir mucho efecto. Así se puede esperar que nada impedirá al Sacerdocio el unirse sinceramente con la santa Sede, de donde las circunstancias lo habian apartado mas de lo que acaso puede creer. No hay otro medio para restablecer la Religion sobre sus antiguas bases. Bien lo saben los enemigos de esta Religion, y por eso procuran en cuanto pueden establecer la opinion contraria; á saber, *que el Papa es quien se opone á la reunion de los cristianos*. Un obispo griego ha declarado hace poco tiempo, *que él no veía otro muro de separacion entre las dos Iglesias sino la supremacia del Papa*¹; ¿y quién creyera que esta simple asercion de un prelado griego, la he oido yo citar en un país católico para establecer aun la necesidad de restringir mas el supremo poder espiritual? ¡Pontífices y levitas franceses, guardaos de los lazos que os tienden! Para abolir el protestantismo en todas sus formas os proponen haceros protestantes. Al contrario, solo restableciendo la supremacia pontifical, volvéreis á colocar la Iglesia galicana sobre sus verdaderas bases, y restablecereis su antiguo lustre. Volved á ocupar vuestro lugar; la Iglesia universal necesita de vosotros para celebrar dignamente la época famosa que la posteridad mirará siempre con una profunda admiracion; época en

¹ Este prelado es Elias Meniate, obispo de Zarisa. Su libro, intitulado *La piedra de escándalo*, ha sido traducido en aleman por Jacobo Kemper. Viena, en 8°, 1787, p. 93.

que el sumo Pontífice haya sido restablecido en su trono por sucesos, cuyas causas salen visiblemente del estrecho círculo de los medios humanos.

XII. Ninguna institucion humana ha durado diez y ocho siglos; y este prodigio, que sería notable en todas partes, lo es mucho mas particularmente en el seno de la movable Europa, porque el reposo parece ser el suplicio del Europeo, y este carácter contrasta increíblemente con la inmovilidad oriental. Es preciso que el Europeo obre, que emprenda, innove, y que mude todo lo que está á sus alcances. Sobre todo la política no ha dejado de ejercitar el genio innovador de *los hijos de Jafet*. En la inquieta desconfianza que los tiene siempre armados contra la soberanía, hay sin duda mucho orgullo; pero tambien hay una conciencia justa de su dignidad, y Dios solo conoce las cantidades respectivas de estos dos elementos. Basta observar aquí este carácter, que es un hecho incontestable, y preguntarse, ¿qué fuerza oculta ha podido mántener el trono pontificio en medio de tantas ruinas y contra todas las reglas de la probabilidad? Apenas se estableció en el mundo el Cristianismo, cuando algunos implacables tiranos le declararon una guerra feroz, y bañaron la nueva Religion en la sangre de sus hijos. Los herejes por su parte la atacan en todos sus dogmas sucesivamente; y á su frente se presenta Ario, que asusta al mundo y *le hace dudar si es cristiano*. Juliano, con su poder, su astucia, su ciencia, y sus cómplices los filósofos, dan al Cristianismo golpes que hubieran sido sin remedio para todo lo que hubiese sido mortal. Bien pronto el Norte vomita sus pueblos bárbaros sobre el imperio romano. Vienen á vengar á los mártires, y podría creerse que vienen tambien á sofocar la Religion, por la cual murieron aquellas víctimas; pero sucede todo lo contrario. Ellos mismos fueron suavizados por este culto divino que preside á su civilizacion, y que, mezclándose en todas sus instituciones, da á luz la grande familia europea y su monarquía, de que el universo no tenia la menor idea. Sin embargo, las tinieblas de la ignorancia siguen á la invasion de los bárbaros; pero la antorcha de la fe brilla de un modo mas visible en este fondo oscuro, y la ciencia misma concentrada en la Igle-